

UNA LINEA PEQUEÑO-BURGUESA Y UNA LINEA PROLETARIA EN LA REVOLUCION CHILENA. PCR. 1967 (*)

INTRODUCCION

Toda la historia del movimiento obrero internacional esté jalonada por los intentos de distintas capas burguesas de colocar al proletariado bajo su dirección política. El fruto de estos intentos se refleja en desviaciones ya sea de derecha o "izquierda", que tratan de ser impuestas al movimiento proletario.

Nuestro Partido, desde su nacimiento, ha librado una implacable lucha contra las desviaciones derechistas —o revisionismo contemporáneo— introducidas por los agentes de la burguesía enquistados en las organizaciones obreras chilenas. Sin embargo, la lucha contra dichas desviaciones derechistas, trae inevitablemente aparejado el surgimiento de tendencias "izquierdistas", las que encuentran en el seno de la pequeña burguesía un caldo de cultivo muy favorable para su desarrollo. Dada la condición de sector intermedio de dicha capa social, aprisionada entre las tenazas de la burguesía monopolista y el imperialismo por un lado y el proletariado por otro, pretende resolver sus contradicciones con quienes la explotan y oprimen movilizando al proletariado y a otros sectores explotados, tras su ideología y en la defensa de sus intereses de clase. Expresión concreta de estos intentos de la pequeña-burguesía, los encontramos en Chile en el grupo estudiantil trotskista MIR.

El MIR, consecuente con los intereses de clase que representa, ha pretendido trazar una "estrategia" para la revolución chilena, a través de una serie de formulaciones vagas, dispersas, incoherentes y, a menudo, contradictorias. Desde su creación, el MIR se ha dedicado en forma preferente a atacar a nuestro Partido, con seguridad porque ve en él, al más decidido defensor de los intereses de la clase obrera y al más firme bastión contra sus intentos de introducir el cáncer del oportunismo pequeño-burgués en el seno del proletariado. Hemos esperado pacientemente, conocer un cierto número de sus publicaciones a fin de enterarnos en forma más concreta de sus "teorizaciones", y poder referirnos a ellas y a los ataques en contra nuestra con fundamento. Debemos confesar honestamente que, no nos interesa dilapidar nuestros esfuerzos, enfrascándonos en una estéril polémica con el MIR, por la ninguna significación que este grupo tiene entre la clase obrera. Una actividad de este tipo, sólo alegraría a los pequeño-burgueses que hacen la revolución detrás de los escritorios y deliran vaciando sus "ímpetus revolucionarios", entre las teclas de la máquina de escribir. El presente folleto, si bien está dirigido a refutar al MIR, como la manifestación más clara de las desviaciones "izquierdistas" pequeño-burguesas en nuestro país, tiene como objetivo fundamental educar en general a nuestra militancia en contra de dichas desviaciones.

Nuestro Partido, fiel al proletariado, cuyos intereses representa, deberá enfrentar permanentemente a los enemigos de clase en todos los terrenos y tiene que

encontrar-se preparado para ello. Descuidar el trabajo ideológico es un error fundamental, significa renunciar a la ideología proletaria y abrir las puertas a la de las clases enemigas. Muy poca significación política podrá tener el MIR, pero la pequeña-burguesía sí tiene importancia en la vida del país y, si el proletariado espera ganarla como aliado, debe colocarla bajo su dirección ideológica y política, luchando, al mismo tiempo, contra los intentos de ella por hacer lo mismo con la clase obrera.

LAS ETAPAS DE LA REVOLUCION

TROTSKISMO: DESVIACIÓN PEQUEÑO-BURGUESA.

La clase obrera sufre la explotación más despiadada en carne propia y, por lo mismo, vive y protagoniza las revoluciones de nuestra época. Por ello no aceptará jamás el dejarse orientar por las fantasías de los pequeño-burgueses e intelectualoides, es decir, por quienes se contentan con "quemar" las etapas revolucionarias en el papel y a través de su charlatanería. Esta es la razón porque los trotskistas, hace más de medio siglo, eran, como los calificara Lenin, "media docena de grupos... que en dos años no han demostrado en nada su vínculo con el movimiento obrero de masas" y hoy en día, siguen siendo exactamente lo mismo, sin contar a su haber la conducción de absolutamente ningún movimiento revolucionario.

Incluso el revisionismo, el economismo reformista de derecha, cuenta —y por ello es un enemigo infinitamente más peligroso— con apoyo de masas, en tanto recoge con criterio más realista el movimiento reivindicativo espontáneo de las masas engendrado por la explotación, con el propósito reaccionario, claro está, de mantenerlas atadas a ese nivel de la lucha e impedir que éstas se movilicen por la toma del poder.

El trotskismo es, por lo tanto, una teoría **de** pequeño-burgueses y **para** pequeño-burgueses y no tendría mayor interés para un partido proletario como el nuestro el volver a refutar lo que ya la propia historia echó al tarro de basura, si no fuera porque el inevitable contacto del Partido con la pequeña-burguesía, el ingreso de militantes de esta clase social a nuestras filas y la existencia de cuadros nuevos que ignoran la ya antigua polémica contra el trotskismo, no contribuyera a reproducir cada cierto tiempo en algunos sectores del Partido estas pequeñas epidemias de fantasías "revolucionarias".

Mientras el revisionismo como desviación de derecha elude en forma permanente el objetivo final de la lucha: la toma del poder y la revolución y se queda estancado eternamente en el camino; el trotskismo y las otras desviaciones de "izquierda", se caracterizan por negar y desconocer por completo las etapas que es preciso superar para llegar a ese fin mencionado. Esto se traduce en que niegan la necesidad de dividir a los numerosos enemigos del proletariado para derrotarlos por partes, comenzando por los más poderosos y oponiéndoles en un frente único todas las fuerzas que puedan ser unidas—bajo la dirección del proletariado— en su contra. Razonando con la lógica de las películas norteamericanas, en que el "jovencito bueno" derrota en poco más de una hora a todos sus enemigos, los trotskistas, quieren impulsar al proletariado a combatir aislado contra todos los explotadores de una vez.

Este concepto, sin embargo, va contra uno de los más esenciales principios del

marxismo: "Obtener la victoria sobre un adversario más poderoso —escribe Lenin— únicamente es posible poniendo en tensión todas las fuerzas y utilizando obligatoriamente, con solicitud, minuciosa prudencia y habilidad, la menor "grieta" entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de distintos países, entre los diferentes grupos o categorías burguesas en el interior de cada país; hay que aprovechar igualmente —agrega— las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. El que no comprende esto —concluye— no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico contemporáneo en general".

Una manifestación, palpable de estas tendencias pequeño-burguesas se expresan en nuestro país en los planteamientos del grupo estudiantil trotskista llamado MIR. Para esta organización que, a juzgar por la ligereza de sus afirmaciones, no piensa verse jamás enfrentada a la necesidad real de dirigir a nuestro pueblo en su lucha revolucionaria, el imperativo de aislar a los enemigos más poderosos de la clase obrera, de aprovechar la "menor grieta entre los enemigos", así como "las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, etc.", es decir, estas enseñanzas básicas del marxismo, son pura "paja molida", revisionismo y oportunismo. Se llenan de satisfacción con su "heroísmo" y con el eco altisonante de su palabrería "ultra revolucionaria". Sin el apremio de liberarse en serio de una explotación que sólo sufren levemente y con un sentido del honor propio de los caballeros feudales, que cargaban en forma rectilínea y a ojos cerrados, consideran indigno que los obreros busquen alianzas transitorias y se propongan derrotar a sus poderosos enemigos por partes, es decir, por etapas.

LOS "ARGUMENTOS" DEL MIR

Es necesario, sin embargo, examinar en forma más concreta algunos de los argumentos de estos "maestros" que dictan cátedra al proletariado, detrás de sus escritorios, acerca de cómo hacer la revolución. Polemizando con nuestra organización, escriben en el N° 2 de su revista "Estrategia" que: "El concepto de revolución ininterrumpida o permanente ⁽¹⁾ (Marx) excluye dialécticamente (?) la teoría de este Gobierno transitorio policlasista y las inevitables etapas o estaciones de tránsito para la revolución". La verdad es que, pese a que mencionan la "dialéctica", la frase anterior demuestra la más absoluta ignorancia de parte de quienes escribieron el artículo, respecto a las más elementales leyes de la dialéctica. Por el contrario de lo que afirman, es, precisamente, el carácter dialéctico y contradictorio de los procesos históricos (y de cualquier proceso) lo que determina que la continuidad deba realizarse a través de su opuesto: la discontinuidad; que el carácter ininterrumpido de la revolución exija el cumplimiento de aquellas etapas que es necesario superar para que no se detenga dicho desarrollo ininterrumpido. "El movimiento —escribe Lenin— es la unidad de la continuidad y de la discontinuidad. El movimiento es una contradicción, es la unidad de las contradicciones". La mantención ininterrumpida de un proceso revolucionario exige, por lo tanto, el ir resolviendo las contradicciones propias de cada etapa de su desarrollo. Por el contrario, la mejor manera de **interrumpir** la revolución, consiste en la práctica anti-dialéctica de los trotskistas de vociferar

⁽¹⁾ Los ideólogos del MIR, como todos los representantes de la secta trotskista, no sólo tergiversan el concepto de revolución "ininterrumpida", del que habla Lenin, tratando de contraponerlo al concepto también leninista de etapas revolucionarias, sino que, intentan aquí presentarlo como sinónimo de "revolución permanente". Sin embargo, la delirante idea de Trotski de "revolución permanente", que pone la exportación de la revolución por encima de la necesidad de que existan condiciones revolucionaria internas en cada país para su realización, fue calificada por Lenin de "izquierdismo absurdo".

acerca de su objetivo final, negándose a encarar las etapas necesarias para marchar hacia él sin detenerse. Acaso, mirando hacia atrás, la Humanidad en marcha hacia la sociedad sin clases, ¿no ha avanzado a través de diversas etapas, entre ellas, la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo?

Si los argumentos "lógicos" que pretenden dar los trotskistas del MIR para fundamentar sus puntos de vista son absurdos, sus referencias históricas son francamente disparatadas. "Las revoluciones socialistas que han triunfado — dicen— prueban que es un absurdo sostener que las etapas son inevitables". Frente a una necesidad de esta especie lo mejor será responderles con los propios hechos históricos.

LA REVOLUCION RUSA

Lenin, al que alguna influencia, debemos atribuir en el planeamiento de la revolución rusa, expresaba: "Debemos ayudar a la insurrección campesina por todos los medios, llegando hasta la confiscación de las tierras, pero no desde luego, hasta todo género de fantásticos proyectos pequeño-burgueses. Apoyamos el movimiento campesino por cuanto es un movimiento revolucionario-democrático. Nos preparamos (ahora mismo, inmediatamente) para luchar contra él cuando comience a actuar como un movimiento reaccionario, antiproletario. Toda la esencia del marxismo está en esta doble tarea, que sólo quienes no comprenden el marxismo, pueden simplificar y comprimir en una sola y simple tarea".

En otra de sus obras, Lenin, el mismo que afirmara: "Somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos quedaremos a medio camino", demostrando que vinculaba dialécticamente su concepto de dicha revolución ininterrumpida, precisamente, con la necesidad de encarar cada una de sus etapas, dice: "Cuando más íntegramente realicemos la revolución democrática, tanto más próximos nos hallaremos cara a cara con las tareas de una revolución socialista... Es absurdo confundir los objetivos y las condiciones de la revolución democrática y la revolución socialista, que son de naturaleza diferente, repetimos, tanto por su carácter como por la composición de las fuerzas sociales participantes".

En otro punto, respondiendo a los socialistas-revolucionarios que argumentaban: "¿Para que hace falta apoyar en un principio al campesino en general contra el terrateniente y después al proletariado contra el campesino en general, en lugar de apoyar de una vez al proletariado contra el terrateniente?", Lenin, responde: "Esto constituye el punto de vista del anarquismo más primitivo y puerilmente ingenuo. La humanidad sueña desde hace muchos siglos, incluso milenios, con destruir **de una vez** toda explotación. Pero esos sueños siguieron siendo sueños hasta que millones de explotados comenzaron a unirse en todo el mundo a fin de sostener una lucha consecuente, firme y multiforme para transformar la sociedad capitalista en la dirección del propio desarrollo de esta sociedad. Los sueños socialistas se transformaron en lucha socialista de millones de seres únicamente cuando el socialismo científico de Marx vinculó las aspiraciones transformadoras a la lucha de una clase determinada. Fuera de la lucha de clases, el socialismo es una frase vacía o un sueño ingenuo. Y en Rusia tenemos ante nuestros ojos dos luchas distintas de dos fuerzas sociales diferentes. El proletariado lucha contra la burguesía en todas partes donde existen relaciones de producción capitalista. El campesinado, como capa de pequeños propietarios de la tierra, de pequeños burgueses, lucha contra todos los restos del régimen de la servidumbre, contra los funcionarios y los terratenientes. Sólo gente que desconoce en absoluto la economía política y la historia de las revoluciones en el mundo entero, puede dejar

de ver estas dos guerras sociales distintas y de naturaleza diferente. Cerrar los ojos a la diferencia de estas dos guerras; recurriendo a las palabras "de una vez" significa esconder la cabeza debajo del ala y renunciar a todo análisis de la realidad".

Está claro, por consiguiente, que la experiencia histórica de la Revolución Rusa está muy lejos de probar, como pretenden los trotskistas del MIR, la inexistencia de etapas en el avance al socialismo.

COREA, VIETNAM, CUBA.

En lo que respecta a las etapas que se dieron en la revolución coreana, es suficiente citar la opinión de Kim Il Sung que dirigiera allí la lucha por la toma del poder. Refiriéndose al problema agrario que constituye una de las diferencias fundamentales entre ambas etapas, este dice: "El problema agrario se plantea por sí mismo en diferentes aspectos, en las diversas etapas del desarrollo de la revolución. En la etapa de la revolución democrática antimperialista y antifeudal los problemas campesino y agrario ascendieron a la emancipación del campesinado de la explotación y de la esclavitud de los terratenientes y a la liberación de las fuerzas productivas de la agricultura de las cadenas de las relaciones feudales de producción, a través de la abolición de la propiedad feudal de la tierra en el campo.

En la etapa de la revolución socialista, los problemas campesino y agrario han consistido en la emancipación del campesinado para siempre de toda clase de explotación y opresión y en la liberación por completo de las fuerzas productivas de la agricultura, de las cadenas de las viejas relaciones de producción basadas en la propiedad privada".

En relación a Vietnam, el general Vo Nguyen Giap, define del siguiente modo la que fuera la primera etapa para la conquista del poder en dicho país, que culminó con la insurrección de Agosto de 1945; "la guerra de liberación del pueblo vietnamita se presenta, en esencia, como una revolución nacional, democrática-popular, hecha bajo la forma armada, en la cual las tareas fundamentales y esenciales eran la derrota del imperialismo y de la clase de los propietarios feudales". Y en otro punto sostiene: "La lucha armada tomó respectivamente las formas de insurrección y de guerra de resistencia de larga duración, realizadas por todo un pueblo contra el imperialismo y los feudales reaccionarios para realizar los objetivos políticos de la revolución nacional democrática... y preparar las condiciones para el paso de la revolución vietnamita a la etapa del socialismo".

Por su parte, quienes luchan en la actualidad con las armas en la mano en Vietnam del Sur se proponen en esta primera etapa: "Derrocar el régimen colonial camuflado de los imperialistas norteamericanos... instaurar un Gobierno de coalición nacional y democrática... Suprimir los monopolios económicos de los imperialistas norteamericanos y de sus agentes, asegurar la protección de los productos locales, estimular la industria y el comercio nacionales, desenvolver la agricultura y edificar una economía independiente y soberana".

En Cuba es de todos sabido que casi hasta el triunfo de la lucha ni siquiera fueron planteados en forma pública los objetivos de la revolución anti-imperialista y antifeudal y que la lucha armada se desarrolló básicamente por ideales democráticos contra la dictadura de Batista. Esto determinó que Fidel Castro fuera recibido en triunfo en Miami y ayudado allí por sectores que repudiaban la sangrienta dictadura de Batista. Muchos industriales y comerciantes cubanos cooperaron, asimismo, al derrocamiento del dictador.

LA REVOLUCIÓN CHINA

En la revolución china se dan también marcadamente etapas en el proceso revolucionario, con objetivos y fuerzas diversas para cada una de ellas. Mao Tse-tung, el gran líder de esta revolución, señalaba esas etapas del siguiente modo en 1940: "¿Cuál es, pues, el carácter de la revolución china en la etapa presente? ¿Es una revolución democrático-burguesa o una revolución socialista-proletaria? Sin duda —responde— que no es del segundo tipo sino del primero. Está ya claro que la sociedad china es todavía colonial, semi-colonial y semi-feudal; que los enemigos principales de la revolución china siguen siendo el imperialismo y las fuerzas feudales; que la tarea de la revolución china consiste en una revolución nacional y en una revolución democrática para derrocar a esos dos enemigos principales; que la burguesía toma parte a veces en esa revolución, y que, aún cuando la gran burguesía traiciona la revolución y se convierte en su enemiga, nuestra revolución sigue estando dirigida contra el imperialismo y el feudalismo y no contra el capitalismo y la propiedad privada en general. En vista de ello el carácter de la revolución china, en la etapa presente, no es socialista-proletario sino democrático-burgués".

El propio Mao Tse-tung aclara, sin embargo, más adelante, que no se trata del tipo antiguo de revoluciones democrático-burguesas, dirigidas por la burguesía y que terminaban con el afianzamiento de esta clase en el poder, sino de revoluciones de un tipo nuevo, dirigidas por el proletariado, con el propósito de pasar a una etapa más avanzada: la revolución socialista. "No obstante —escribe— la revolución democrático-burguesa en la China de hoy, no es del viejo tipo corriente, hoy anticuado, sino de un nuevo tipo especial. Este tipo de revolución se desarrolla en China y en todos los países coloniales y semi-coloniales, y nosotros la denominamos revolución de la nueva democracia. La revolución de la nueva democracia es parte de la revolución mundial socialista-proletaria, que lucha resueltamente contra el imperialismo o capitalismo internacional... Una revolución de la nueva democracia es una revolución de las masas populares **dirigidas por el proletariado** y orientada contra el imperialismo y el feudalismo... La revolución democrática es la preparación necesaria para la revolución socialista; y la revolución socialista es el resultado inevitable de la revolución democrática". De esta manera, con una clara conciencia de las diversas etapas revolucionarias, Mao Tse-tung no sólo ha llevado a su país al socialismo en forma ininterrumpida, sino que hoy, con la Revolución Cultural Proletaria, lo ha puesto a la cabeza del mundo en la liquidación de los últimos resabios de la influencia burguesa y revisionista. Ha demostrado así como, precisamente, de la comprensión cabal de las distintas etapas revolucionarias y de la solución de las contradicciones propias de cada una de ellas, depende el que la revolución pueda ser llevada a cabo hasta el fin, sin detenerse y en forma ininterrumpida.

En todo caso, esta concepción justa de cómo desarrollar y conducir a su triunfo el movimiento revolucionario de un país, a través de distintas etapas y de frentes únicos, está demostrada **por hechos**. Allí están para comprobarlo las revoluciones que hemos analizado, entre ellas la Revolución china. Es preciso no olvidar, para juzgar a sus discípulos actuales, que el trasnochado "profeta" Trotski sostenía en su obra "La Revolución Permanente": con el programa democrático-popular, "el Partido Comunista chino se halla atado de pies y manos y se ve obligado a ceder pasivamente al campo a la social-democracia china" y opinaba, luego que, "la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos... es una ficción, un fraude contra sí mismo, o algo peor". Nadie puede hoy día dudar del veredicto que la historia ha dado acerca de estos disparates de Trotski. Lo notable es que

todavía existan ilusos que continúen creyendo los desatinos contra-revolucionarios que divulgan los discípulos de aquel fracasado ideólogo pequeño-burgués.

EL FRENTE ÚNICO REVOLUCIONARIO

REVOLUCIÓN POR ETAPAS Y FRENTE ÚNICO

Los trotskistas del MIR opinan también en la mencionada revista que: "El pueblo constituido como Gobierno, puede saltarse más de una etapa", y con ello, pretenden descalificar la necesidad de éstas en el proceso revolucionario. Para los trotskistas, que viven en el reino de las especulaciones intelectuales y que no tienen aspiraciones reales y concretas de dirigir el proceso revolucionario, resulta muy fácil saltar (con la imaginación) desde nuestro sistema de explotación, al Poder, sentirse ya instalados en él y especular acerca de toda clase de hazañas a realizar en el Gobierno. Sin embargo, la tarea **de hoy**, para cualquier revolucionario que no se satisfaga con masturbaciones mentales, es la necesidad de **conquistar** el poder. Este problema no se resuelve con delirios acerca de lo que se hará **una vez** conquistado el poder. En el papel, en las tribunas pequeño-burguesas, de boquilla, es muy fácil sentirse **ya** en el poder y redactar toda clase de decretos saltándose las etapas, pero en la práctica hay que contar con fuerzas concretas y suficientes para derrotar a enemigos de carne y hueso, antes de soñar siquiera con llegar al poder. Para agrupar esas fuerzas indispensables bajo la dirección del proletariado y aislar a los enemigos principales, es preciso formular un programa que las una, un programa para el momento presente y no un plan para un Gobierno fantasma, que los trotskistas suponen ya conquistado sin el concurso de esas fuerzas necesarias para la toma del poder.

Es evidente que si el proletariado se propone derrotar a sus enemigos por etapas, comenzando por los mayores, el imperialismo yanqui, los latifundistas y la burguesía monopolista, es, precisamente, con el objeto de oponerles —en la medida que ello sea posible— al resto de las fuerzas sociales entre las que se cuentan numerosos sectores burgueses y pequeño-burgueses. El papel ultrarreaccionario que juegan esos enemigos fundamentales recién mencionados, el hecho de que se beneficien con el atraso, incluso, de los aspectos capitalistas de nuestra economía, el que expolien en diversos sentidos aún a los sectores burgueses ajenos a ellos, demuestra que existen contradicciones objetivas entre dichos enemigos principales y el resto del país y que es posible utilizar esas contradicciones para aislarlos en mayor o menor medida. De esta manera se impedirá que jueguen exclusivamente los vínculos, también existentes, entre los adversarios fundamentales y el resto de las capas burguesas o pequeño-burguesas, lo que facilitaría a aquellos el consolidar un poderosísimo frente único contra-revolucionario. Con ello no se hace más que cumplir lo que Lenin califica como una de las enseñanzas básicas del marxismo: "aprovechar... las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional".

LAS CONTRADICCIONES EN EL FRENTE ÚNICO

Es cierto que las clases sociales que se agrupan en una determinada etapa, por ejemplo, la de la Revolución Democrática-Popular, en un mismo frente único, tienen contradicciones y antagonismos entre sí. Ello hace necesario el combinar

los conceptos de unidad y lucha en el interior del frente único. De todos modos es posible agruparlas en torno a objetivos comunes y contra enemigos comunes. Por ello es absolutamente falso y sólo demuestra ceguera intelectual, el que los trotskistas del MIR rechacen el "Frente Único entre distintas clases sociales" argumentando que: "tienen intereses sociales antagónicos". Con esta teoría, demuestran, una vez más, su absoluta incompreensión del carácter dialéctico, contradictorio, del proceso revolucionario que el proletariado debe dirigir. Ya Lenin, en 1905, respondía a esta insensatez: "Una de las objeciones contra la consigna de "dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos" consiste en que la dictadura presupone la "unidad de voluntad", y la unidad de voluntad entre el proletariado y la pequeña burguesía es imposible. Esta objeción —expresa luego— es inconsistente, porque se haya fundada en la concepción abstracta, "metafísica", de la noción "unidad de voluntad". La voluntad puede ser unánime en un sentido y no unánime con otro. La ausencia de unidad en las cuestiones del socialismo y en la lucha por el socialismo no excluye la unidad de voluntad en las cuestiones de la democracia y en la lucha por la República. Olvidar esto —concluye— significa olvidar la diferencia lógica e histórica entre la revolución democrática y la revolución socialista".

Los ideólogos del MIR, por otra parte, se embrollan por completo en torno a este problema de las contradicciones en el Frente Único, pues ignoran la manera correcta de resolverlas a través del método de unidad y lucha. De pronto, en algunos escritos, sólo quieren agrupar a los "explotados" y repudian (Estrategia N° 2) "el Frente Único; que propone Espartaco, situado más allá de las fronteras de los explotados". En otros documentos, sin embargo, al parecer recapacitando contra esa posición ultra sectaria que implica lanzar al proletariado absolutamente aislado a la lucha, se ponen generosos y admiten algunos exiguos aliados para que acompañen a la clase obrera. Es así como en su Declaración de Principios, sostienen que el proletariado debe ganar para su causa "a los campesinos, intelectuales, técnicos y clase media empobrecida". Con esta enumeración vaga y usando una terminología anti-marxista, tratan de borrar —en el papel— las contradicciones existentes entre estos sectores enumerados y el proletariado, así como su carácter de explotadores. No obstante, incluso, campesinos que tienen el carácter de semi-proletarios, como los inquilinos, explotan el trabajo ajeno, pues envían "obligados" a cumplir su trato con el dueño del fundo. Los intelectuales y técnicos o bien explotan trabajo ajeno directamente, o bien lo hacen en forma indirecta desde el momento que no crean riquezas materiales con su trabajo. Entre la "clase media empobrecida", por su parte, para no citar más que un ejemplo, se encuentran unos 70 mil artesanos, que explotan en Chile, a más de 200 mil obreros. Precisamente, porque son pequeño-burgueses "empobrecidos", esta explotación es particularmente intensa y bestial.

Por lo tanto, si rechazan todo frente único en que existan antagonismos de clase, si sólo quieren agrupar explotados y no explotadores, ni siquiera podrán conceder al proletariado ese reducidísimo grupo de aliados que han propuesto. A la postre la argumentación trotskista se traduce, pues, en sus intenciones contra-revolucionarias de lanzar a la clase obrera absolutamente sola al combate simultáneo contra todos sus enemigos.

Por lo visto, los trotskistas, por querer eludir las contradicciones **reales y objetivas** que es preciso resolver en el proceso revolucionario, no hacen más que trasladar —como todos los idealistas burgueses— esas contradicciones al seno de sus teorías y especulaciones.

Demás está decir que las mismas experiencias históricas que hemos citado para probar la existencia de etapas en todos aquellos lugares en que el proletariado ha luchado con éxito por el poder, podrían ser mencionadas también para demostrar que la victoria ha sido obtenida a través de frentes únicos. Sólo insistiremos con un ejemplo, el de la Revolución Rusa, donde podrían caber más dudas por tratarse de un país que tenía cierto desarrollo capitalista cuando se efectuó la revolución. Lenin, refiriéndose a las alianzas que el proletariado agrícola debe buscar para las diversas etapas revolucionarias, escribe: "en unión de la burguesía, contra todas las supervivencias de la servidumbre y contra los terratenientes señoriales", para la etapa democrático-burguesa: y "en unión del proletariado urbano contra la burguesía campesina y cualquiera otra burguesía", para la etapa socialista. En otra obra afirma: "¿Por qué no son iguales las condiciones de la lucha democrática y de la lucha socialista? Porque en una y otra lucha —responde— los obreros tendrán infaliblemente aliados distintos. La lucha democrática la libran junto con una parte de la burguesía, sobre todo de la pequeña-burguesía. La lucha socialista la libran contra toda la burguesía. La lucha contra los funcionarios y terratenientes puede y debe librarse junto con todos los campesinos, incluso los ricos y medios. Y la lucha contra la burguesía, y, por lo tanto, contra los campesinos ricos, sólo puede librarse con la mayor seguridad junto al proletariado agrícola".

LUCHA ARMADA Y FRENTE ÚNICO

En el archivo de disparates que los trotskistas han inspirado al MIR, figura la afirmación de que el Frente Único es incompatible con la lucha armada. "¿Cómo se hace coincidir —escriben criticando nuestro Programa— esta política frente-populista con una fuerza armada del pueblo, la guerrilla, la insurrección? No es posible trazarse —concluyen— dos estrategias diferentes. O estamos con la insurrección proletaria, con la intransigente guerra civil contra los explotadores o estamos con la vía pacífica, el frente policlasista y el Gobierno Democrático Popular". No obstante, si no vivieran embebidos en especulaciones o en su ignorancia aún de los hechos históricos que ocurren delante de sus propias narices, verían a cada paso la refutación de esta absurda incompatibilidad que intentan establecer entre el Frente Único y la lucha armada. ¿No leen acaso la prensa, que no se han enterado que la lucha armada más heroica de postguerra, la del pueblo de Vietnam del Sur, la dirige un Frente Único: el Frente Nacional de Liberación de Vietnam? ¿No saben que en dicho Frente Único participan más de 20 organizaciones representativas de los más amplios sectores del país, incluyendo una Agrupación de Industriales y Comerciantes por la Liberación de Vietnam? ¿Ignoran tal vez, que en Rusia, en China, en Corea y Vietnam del Norte, los trabajadores derrocaron a los reaccionarios por medio de una guerra popular y de frentes únicos y no, precisamente, a través de la vía pacífica?

Es tan disparatadamente confusa la mentalidad de los trotskistas, que ven las cosas exactamente al revés de como son y deben ser. Mientras más dura sea la lucha armada que hay que enfrentar, más amplio debe ser el Frente Único que se requiere para tener éxito en ella. Por eso, el Partido Comunista de China, en el período de la dura lucha armada contra la invasión del imperialismo japonés, debió incluso ampliar el Frente Único para atraer o neutralizar a los propios terratenientes no-colaboracionistas, esgrimiendo un programa mínimo transitorio, que excluía la realización inmediata de la Reforma Agraria y en el que se les otorgaba ciertas concesiones. Igual estrategia se ha empleado en Vietnam para enfrentar la invasión del imperialismo norteamericano.

Por cierto que con la estrategia mirista, de ponerse más sectarios en la medida en que la lucha sea más dura, ninguna de las revoluciones mencionadas habría sido coronada con el triunfo.

Esta desconfianza en las masas populares, esta incapacidad de comprender que, precisamente, a través de la lucha armada es posible y necesario desarrollar un amplio Frente Único hasta transformarla en guerra revolucionaria de todo el pueblo, ha inspirado a algunos mentores ideológicos del MIR las más descabelladas aventuras militaristas. Es así como hemos podido ver en América Latina en los últimos años, la iniciación y derrota, por su aislamiento de las masas populares, de numerosos "focos" guerrilleros. Ellos han sido expresión extrema del sectarismo y subjetivismo pequeño-burgueses, ya que, no sólo no se propusieron ampliar la lucha armada a través de un Frente Único que —de uno u otro modo— apoyara a los trabajadores en su guerra por el poder, sino que, ni siquiera incorporaron a la lucha al proletariado y a las capas más pobres del campo. Los propios sectores pequeño-burgueses que habían planeado este tipo de acciones armadas, participaron aislados en ellas y, como era de esperarlo, fueron rápidamente aplastados por las fuerzas reaccionarias. De esta manera se envió al matadero a una juventud llena de heroísmo en aras de una estrategia absolutamente equivocada. La incompreensión de los trotskistas del MIR de la necesidad y posibilidad de desarrollar el Frente Único a través de la lucha armada que, por cierto, comenzará a partir de los sectores más resueltos de la clase obrera y del campesinado, demuestra que, —aunque no lo confiesen por el desprestigio actual de los "focos" guerrilleros pequeño-burgueses— siguen en el fondo acariciando esta idea.

UNA TACTICA TAMBIEN ERRADA

Los trotskistas que siguen inspirando la línea política del MIR, no sólo están equivocados, como lo hemos visto, respecto a la estrategia del movimiento revolucionario, sino que también tienen concepciones tácticas profundamente erradas. Con el simplismo ideológico típico de este tipo de desviaciones pequeño-burguesas, desconocen las diferencias existentes entre los diversos enemigos del proletariado, que obligan a darle a éstos un tratamiento distinto. Es así como plantean como táctica: "el combate intransigente a los explotadores, orientado en los principios de clase contra clase", rechazando al mismo tiempo, "toda estrategia tendiente a amortiguar esta lucha". De paso nos acusan injustamente, de que nuestro concepto de Frente Único, implica: "el abandono, permanente o transitorio de la lucha de clases". Con ello demuestran tan sólo que siguen pensando en términos anti-dialécticos. Piensan que la unidad excluye la lucha y viceversa. Si hubieran leído con atención nuestro Programa, sin embargo, verían que allí se plantea que la lucha contra los aliados no-proletarios del Frente Único, no sólo no debe desaparecer, sino que, por el contrario, es un factor indispensable para lograr la unidad de ellos en torno al proletariado. En efecto, la supresión de esa lucha contra los explotadores que participan en el Frente Único, permitiría que ellos pudieran descargar por completo sobre el proletariado la crisis que sufren, a raíz de la expoliación de que son objeto por parte de los enemigos fundamentales y no sentirían, por lo mismo, la necesidad objetiva de volverse contra ellos a instancias del proletariado.

Nuestro Partido, sin embargo, a pesar de que piensa que no debe cejar la luchar contra los explotadores existentes en el Frente Único, considera, al mismo tiempo, que es preciso distinguirla rigurosamente de la lucha que debe dirigirse contra los adversarios fundamentales de la presente etapa. A éstos últimos se trata de

liquidarlos ahora y derrocarlos del poder, no así a los otros. Con los aliados no-proletarios, ya lo hemos dicho, es necesario practicar la política de unidad y lucha, graduando ambos factores según las circunstancias políticas, según su magnitud como explotadores, en relación con su conducta respecto a los enemigos principales y al proletariado y de acuerdo con otras consideraciones tácticas. El tratarlos del mismo modo que a los adversarios fundamentales, como aconseja el MIR, el emprender una lucha indiscriminada e "intransigente" de "clase contra clase", no significa más que complementar, desde el punto de vista de la táctica, la estrategia sectaria y criminal de los trotskistas tendiente a aislar por completo al proletariado. Imaginémonos por un momento la lucha del pueblo vietnamita contra el imperialismo norteamericano —lucha que en Chile inevitablemente deberemos enfrentar más adelante— sobre la base de la "genial" táctica trotskista. Tendríamos al débil proletariado de ese país golpeando por igual y en forma "intransigente" a terratenientes, burgueses, pequeñoburgueses explotadores y, de paso, también a cientos de miles de soldados yanquis y de los ejércitos títeres. Sólo alcanzaríamos a admirar el "heroísmo" de esta táctica por unas pocas semanas....

En lo que respecta a Chile, incluso, el escuálido Frente Único de "campesinos, intelectuales, técnicos y clase media empobrecida" que, en ciertos momentos de "arrebato derechista", aceptan los del MIR en su estrategia como aliados del proletariado, sería demolido por la táctica sectaria expuesta más arriba. Es obvio que resultará imposible agrupar siquiera a estos sectores que, como hemos visto son en su mayor parte explotadores, si se les da "a matar", igual que al imperialismo, a los latifundistas y a la burguesía monopolista y financiera.

Es indispensable dejar en claro que la táctica que hemos formulado respecto a la manera de combatir a los sectores no-proletarios del Frente Único, es inseparable de la concepción de la revolución por etapas, que permite distinguir enemigos principales de enemigos secundarios. Esta táctica, por cierto, cambiará fundamentalmente cuando las tareas de la revolución varíen e iniciemos la lucha por el socialismo. Allí la tarea será terminar con toda forma de explotación y la lucha será enfilada contra los enemigos de clase del proletariado que aún queden. La única consideración táctica respecto a la oportunidad y rigor con que se les enfrenta para terminar con ellos como explotadores, será su magnitud como tales, su conducta política concreta y los intereses generales de la revolución y construcción socialista. No obstante, toda forma de explotación deberá ser liquidada.

FRENTES UNICOS REVISIONISTAS

Pasando por alto las experiencias de los Frentes Únicos revolucionarios dirigidos por el proletariado, que han hecho posible el triunfo de éste en los únicos países donde ha alcanzado el poder, los miristas, apelan como argumentos contra el Frente Único al fracaso de alianzas de clases dirigidas por los revisionistas o abiertamente por la burguesía. Escriben: "No está demás decir que esta clase de experiencias han culminado recientemente en forma catastrófica en Argelia e Indonesia. Los frentes híbridos en que obreros y campesinos se confunden con los sectores de la burguesía y hasta con grupos oligárquicos-feudales, a través de un vago programa nacionalista y de reformas, concluyen siempre a liquidar a los elementos revolucionarios y socialistas. La República Árabe Unida, es otro botón de muestra de la política populista. Solamente donde la clase obrera ha sido capaz de tomar el timón de los acontecimientos —concluyen— se ha podido arribar al socialismo". Sin embargo, si fueran consecuentes con esta última afirmación se

darían cuenta que, precisamente, esa falta de dirección proletaria y no la existencia de frentes únicos, ha sido la real causa del fracaso de muchas alianzas de clases en que ha participado el proletariado. Prueba de ello —prueba que los trotskistas omiten señalando sólo experiencias en que ha faltado esa dirección proletaria— es que allí donde la clase obrera ha tomado firmemente la dirección del Frente Único, este ha sido una herramienta fundamental para el triunfo revolucionario. En la cita anterior los miristas hablan de que la clase obrera "debe tomar el timón". No obstante para ello, es preciso tener un buque que timonear. Con el solo timón o con un simple bote incapaz de enfrentar a toda una poderosa flota de guerra que opondrá el enemigo al proletariado, es imposible vencer.

Si la clase obrera no dirige un Frente Único, eso significa que lo dirige directamente la burguesía, o bien sus agentes en el movimiento obrero: los revisionistas. ¿Cómo se puede esperar que triunfe un Frente Único de esa naturaleza? Si los traidores revisionistas, renegados y sirvientes de la burguesía, dirigen un frente único es, precisamente, para hacerlo fracasar. ¿O es que los trotskistas piensan aún que los revisionistas son gentes equivocadas de buena fe?

Es sabido que los revisionistas arrastran a la clase obrera a alianzas sin principios precisamente para obligarla a abandonar los objetivos revolucionarios de su lucha; para castrar toda combatividad del proletariado con el pretexto de que ello es "necesario" para conquistar aliados; que mantienen la acción en los marcos de la legalidad burguesa y que invitan, prácticamente, a la burguesía a traicionar al proletariado con toda su política oportunista. Pero, ¿qué tienen que ver estas traidoras alianzas manejadas por los burgueses o sus agentes, con el Frente Único que nosotros planteamos? En primer lugar, y esto debe quedar muy en claro, nosotros pensamos que el Frente Único sólo es posible en su integridad y útil cuando la clase obrera y el campesinado, su aliado más cercano, han forjado a través del fusil, de la lucha armada popular, su propio poder en el seno de la vieja sociedad. Pensamos que el factor más importante para arrastrar ciertos aliados no-proletarios al Frente Único, es la fuerza, la violencia armada, que es capaz el proletariado y campesinado de poner en práctica. Las concesiones que se pueden hacer a los aliados son un factor secundario en la construcción del Frente Único y los acuerdos deberán surgir fundamentalmente del poderío de las clases más revolucionarias. Esta fuerza, surgida particularmente de la lucha armada obrero-campesina, hará comprender en los hechos a otros sectores hacia donde se carga la balanza revolucionaria, les hará ver con quien es conveniente aliarse, así como los riesgos que significa ponerse contra el proletariado. Ya está plenamente demostrado que la debilidad inclina a los sectores intermedios y vacilantes hacia los sectores más poderosos, que en, caso de debilidad del proletariado, coincidirán con los más reaccionarios.

Más aún, consideramos que la propia construcción del Frente Único es un proceso, que pasa por diversas etapas. De nada sirve esta alianza mientras la clase obrera y su aliado más íntimo, el campesinado, no estén en pie de guerra y no hayan iniciado la lucha armada contra los principales explotadores. Por ello no buscamos esta alianza en el presente, en que solo podría ser dirigida por la burguesía o sus agentes. Creemos que la tarea primordial del presente, es construir el Partido que dirigirá al proletariado en su lucha revolucionaria. Sólo cuando, la clase obrera esté combatiendo en forma revolucionaria, dirigida por este Partido y haya conquistado para este combate al campesinado, será posible arrastrar a otras fuerzas a la lucha a muerte contra el imperialismo, los latifundistas y los sectores más reaccionarios de la burguesía. Nuestro planteamiento del Frente Único, pues, nada tiene que ver con las alianzas

fraguadas por los revisionistas por encargo de la burguesía. Sólo quienes desean confundir algunos estudiantes con sus posiciones descabelladas y sectarias, pueden tratar de identificar dos políticas diametralmente opuestas.

EL FRENTE ÚNICO Y ETAPAS DE LA REVOLUCIÓN CHILENA

LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICO-POPULAR

El planteamiento de la Revolución Democrático-Popular como primera etapa revolucionaria, no significa otra cosa en Chile, que el propósito de aislar en primer término a los enemigos más poderosos de la clase obrera: al imperialismo yanqui, a los latifundistas y a la burguesía monopolista y financiera. Más concretamente, expulsar a los monopolios norteamericanos que dominan una serie de ramas fundamentales de nuestra economía, expropiar unas 13 mil grandes propiedades que abarcan el 87% de la superficie agrícola del país y liquidar el poder económico de unos doce clanes que controlan las únicas industrias de cierta magnitud que existen en Chile, así como las principales actividades comerciales y financieras. Se trata, también, por cierto, fundamentalmente, de arrojarlos del poder. Estos enemigos, por una parte, son poderosos, en el aspecto interno, pues controlan las principales riquezas e instituciones del país, incluyendo el poder; manejan las fuerzas represivas; poseen los principales medios publicitarios; cuenta con el apoyo de la Iglesia y otras entidades reaccionarias; disponen de los servicios de los traidores revisionistas enquistados aún en el seno de las masas populares, etc., etc. No obstante, ninguno de estos factores es un argumento tan poderoso para determinar la necesidad de aislarlos y movilizar en su contra todas las fuerzas posibles, como el hecho inevitable de que el imperialismo yanqui intervendrá con sus tropas en Chile para impedir la revolución. Nosotros no nos hacemos ilusión alguna en sentido contrario y esta intervención armada del imperialismo, cuenta como factor decisivo, para hacernos comprender que, en una primera etapa revolucionaria es necesario orientar el golpe principal en contra de los sectores más retrógrados ya mencionados. Quiénes —conciente o inconscientemente— están pensando en una revolución puramente interna en la que no habrá que enfrentar al imperialismo yanqui, siguen haciendo sus cálculos con la mentalidad revisionista. Por supuesto, mientras éstos prosigan engañando al proletariado y frenando sus luchas, la intervención imperialista es absolutamente inútil e innecesaria. Si se emprende en nuestro país, por otra parte, una lucha armada sectaria y al margen de las masas, y por la misma ineficaz, como la que se desprende de los planteamientos trotskistas, tampoco, probablemente será necesaria la intervención imperialista para derrotarla. Pero, otra cosa muy diferente es cuando el proletariado y los campesinos inician una guerra popular revolucionaria.

Pese a su poderío ya mencionado, estos sectores ultra-reaccionarios, son "tigres de papel" enfrentados a una amplia guerra del pueblo. La propia intervención armada del imperialismo —como se ha demostrado en todos aquellos países donde lo han hecho— facilita la movilización de muchos sectores no-proletarios, incluso burguesas, contra el invasor imperialista. Este espíritu nacionalista, dirigido por el proletariado, juega un papel positivo en la guerra de liberación. El imperialismo, con su intervención, "sembrará vientos para cosechar tempestades". Por otra parte, como hemos señalado ya, los latifundistas y la burguesía monopolista y financiera, al igual que el imperialismo se benefician con el atraso, aún en el

sentido capitalista de nuestra economía, lo que engendra otras contradicciones objetivas que facilitan al proletariado el arrastrar —en distintas medidas— a amplios sectores burgueses y pequeño-burgueses contra los enemigos fundamentales.

Lo importante para derrotarlos —justo con el desarrollo de la lucha armada popular— es impedir que los adversarios principales agrupen en torno suyo a los numerosos sectores intermedios aislando al proletariado y a su aliado más fiel: el campesinado. Si esto ocurre, por una política sectaria como la que plantean los trotskistas, sería casi imposible derrotarlos.

Por ello la consigna programática de saltarse las etapas necesarias para llegar al Socialismo, que plantea el MIR, sólo contribuiría a aumentar el poderío del imperialismo y de sus aliados más reaccionarios, redoblando su potencia. La verdad es que planteando el socialismo en forma inmediata y excluyendo las etapas, sólo es posible agrupar a quienes estén dispuestos a liquidar en forma completa la propiedad privada y todo sistema de explotación. Si se piensa hacer esto en la primera etapa, como lo veremos más adelante, es imposible tener éxito, ya que significa enfrentar al proletariado prácticamente sólo contra la casi totalidad de las otras fuerzas sociales y contra la intervención imperialista, estando el proletariado, además, fuera del poder. Para separar a los sectores intermedios del Frente Único contra-revolucionario, es preciso, que el proletariado les ofrezca programáticamente, en forma clara y expresa, ciertas garantías; que se delimiten tajantemente cuales son los enemigos fundamentales que serán liquidados en esta etapa y que se emplee una táctica diferente con los aliados y con los enemigos principales. Es preciso, además, sacar a luz y agudizar las contradicciones entre estos últimos y los sectores intermedios. Todas estas finalidades las cumple la etapa Democrático-Popular de la Revolución con su correspondiente Programa. La formulación equivocada o poco clara de lo que se pretende hacer, favorecerá de inmediato la tarea del imperialismo y de los grupos más retrógrados de aislar a la clase obrera para derrotarla.

LA ETAPA SOCIALISTA.

La verdad es que la consigna de la revolución socialista, es decir, la liquidación de toda forma de propiedad privada o de explotación, lógicamente contará con la oposición de todos aquellos sectores que, de una u otra manera, en mayor o menor grado, gozan de dicha propiedad sobre los medios de producción o ejercen esa explotación. Si planteamos ahora dicha consigna y se coloca de inmediato a todos los explotadores, por parejo, como enemigos principales que deben ser liquidados como tales, es infantil suponer que deseen voluntariamente suicidarse y que no se agrupen para defenderse.

Concretamente, lo anterior significa que tendríamos resueltamente al lado de la revolución a alrededor de un millón de proletarios, de los cuales unos 200 mil son obreros agrícolas. Esto, en el supuesto, que en ninguna etapa ocurre, que el 100% del proletario estuviera convencido de la necesidad de la revolución. Esta clase social, la única que puede estar decididamente por el socialismo, ya que no explota ni vive indirectamente del trabajo ajeno y posee sólo su fuerza de trabajo, representa un tercio de la población activa del país.

Los otros dos tercios están formados por propietarios de medios de producción, es decir, explotadores de diversa magnitud que, por pequeños que sean, no querrán voluntariamente socializarlos y por una enorme masa pequeño-burguesa, dispersa, en la que pesa con gran fuerza el arribismo social y la influencia

burguesa anti-socialista. Esta masa intermedia, entre el proletariado y los enemigos principales, no se cuenta por miles como los enemigos principales, sino, por centenares de miles. Considerando que por cada persona activa de la sociedad, es decir, incorporada a algún trabajo o separada temporalmente de él hay que contar un familiar adulto no-activo (con más de 12 años y menos de 65), esta masa intermedia alcanza a unos 4 millones de personas, aptas físicamente para combatir.

Precisando con un poco más de detalle tenemos entre ellos, incluyendo a los enemigos principales, que no alteran considerablemente las cifras porque son sólo unos cuantos miles, a unos 50 mil gerentes, administradores y funcionarios directivos de empresas estatales y particulares; a unos 150 mil propietarios agrícolas y a cerca 30 mil colaboradores directos de los latifundistas: administradores, capataces, etc.; a más de 100 mil comerciantes de diversa magnitud económica; a casi 100 mil técnicos y profesionales, a varias decenas de miles de personas incorporadas al Ejército y la policía; a unos 70 mil artesanos, que explotan en pequeños talleres a cerca de 200 mil obreros; a alrededor de 400 mil empleados; a unas 350 mil personas dedicadas a servicios personales; empleados domésticos, mozos, fotógrafos, peluqueros, etc., y a unos 100 mil entre inquilinos y medieros. De todas estas fuerzas, el proletariado, según lo expresa Lenin, sólo podrá contar para la revolución socialista con "la masa de los elementos semi-proletarios de la población, para destrozar por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña-burguesía". El proletariado, sumado a los elementos semi-proletarios de la ciudad y del campo alcanza en Chile, aproximadamente, a la mitad de la población activa del país, es decir, a un millón y medio de personas.

Estamos plenamente conscientes de que no es justo hacer un análisis puramente cuantitativo de las fuerzas y que el proletariado es cualitativamente, por su combatividad y espíritu revolucionario, una fuerza infinitamente superior a las otras clases. Sin embargo, la enorme cantidad de fuerzas que reaccionarían contra el proletariado ante la certeza de una inmediata expropiación, unida a la intervención armada del imperialismo, constituyen un obstáculo casi insalvable para el triunfo del proletariado. Es preciso tomar en cuenta, que la pequeña-burguesía tan numerosa en nuestro país y con mayor razón el sector de la burguesía media que pueda ser alineado en favor de la revolución, sólo apoyarán al proletariado, como lo señala Mao Tse-tung, "en tiempo de guerra, es decir, en un ascenso revolucionario, cuando la aurora de la victoria esté a la vista", siendo entonces arrastrados "por la gran marea revolucionaria". Sin embargo, este ascenso revolucionario que permite ganar a los sectores intermedios sólo es posible aislando a los enemigos principales e impulsando, a través de una lucha armada popular basada en una sólida alianza obrero campesina, a todos los que tengan contradicciones objetivas con ellos a unirse en torno a un Programa concreto, para combatirlos.

En la formulación de la estrategia revolucionaria es preciso considerar que los anhelos de esos sectores pequeño-burgueses y aún de innumerables sectores semi-proletarios, son precisamente, salir de su miseria y de sus problemas, no a través del socialismo, sino, de su prosperidad individual. Precisamente, este último anhelo de vastos sectores intermedios, constituya una formidable contradicción entre ellos y el imperialismo, los latifundistas y la burguesía monopolista y financiera que son un dique contra sus aspiraciones y que los impulsan a la quiebra, la miseria y a la proletarización. Esta contradicción debe ser aprovechada por el proletariado para impulsar a esas enormes masas

intermedias, en función de sus propios anhelos, contra los adversarios fundamentales, en lugar de remar contra la corriente respecto a ellos en un momento histórico en que no corresponde. Para no citar más que un ejemplo: centenares de miles de inquilinos, medieros y campesinos pobres y medios, pese a que no querían, así como así, renunciar a sus propiedades y socializarlas, o renunciar a sus deseos de poseer tierras, pueden en cambio, desde ya, ser lanzados contra los latifundistas, precisamente, tras la consigna de arrebatárles más tierras, liberarse de sus deudas con ellos y ajustarles cuentas, expulsándoles del poder con el que defenderán sus propiedades. Estas fuerzas, incluso, combatirán junto al proletariado contra la intervención imperialista cuando éste venga en defensa de los terratenientes, de la burguesía monopolista y de sus propios intereses.

Con la política de Frente Único del proletariado, íntimamente ligada a la revolución por etapas, los sectores intermedios (entre el proletariado y los enemigos principales) pueden, no solo ser restados del frente único contra-revolucionario, lo que de por sí ya es algo importante para la revolución, sino movilizados en contra de los enemigos principales. En tal caso, la fuerza del Frente Único revolucionario será incontenible y de nada servirá para salvar a los ultra-reaccionarios la intervención imperialista. Luego, ya con el poder en la mano, las posibilidades del proletariado para continuar hacia adelante su obra revolucionaria y pasar al socialismo, será infinitamente mayor y la solidaridad internacional revolucionaria podrá jugar en apoyo del proletariado en forma abierta y directa.

Resumiendo el problema estratégico del Frente Único, podemos decir que existe, por una parte el proletariado; en el extremo opuesto está el imperialismo y los enemigos principales ya mencionados y, entre ambos, una numerosa y variada fuerza intermedia. Al plantearse la lucha inmediata por aniquilar a todos los explotadores, es decir, la consigna del socialismo, la línea divisoria entre las fuerzas revolucionarias y los enemigos sería trazada casi en los límites mismos del proletariado y todos los sectores intermedios quedarían del lado del imperialismo y sus aliados íntimos. Al plantear la etapa democrático-popular, en cambio, de lo que se trata es de trazar la línea divisoria lo más cerca posible de los enemigos fundamentales y de sumar esas amplias fuerzas intermedias, en uno u otro grado, al lado de la clase obrera, o por lo menos, de neutralizar a las que no puedan ser ganadas.

LA BURGUESIA MEDIA

Los trotskistas, sin estudiar nuestra realidad nacional y siguiendo sólo viejas consignas, tienen verdadero terror de que el proletariado incorpore al Frente Único a la burguesía media, en la medida en que pueda dirigir la contra el imperialismo y sus aliados más cercanos. Los mismos que quieren lanzar al proletariado a luchar aislado, lo consideran incapaz, sobre la base como hemos dicho de la fuerza, de manejar a los sectores burgueses no monopolistas. Veamos, sin embargo, a qué se reducen en Chile los tales sectores burgueses "grandes", medios y pequeños, descontando el sector terrateniente y monopolista como lo hace nuestro Programa.

En el campo chileno existen unas 150 mil propiedades. El sector calificado como latifundista en nuestro Programa alcanza a unos 13 mil propietarios que poseen el 87% de la superficie agrícola del país. Fuera de este sector ¿qué nos queda? Nos resta un numeroso contingente de propietarios (más de 130 mil) de los cuales el 77,5% tiene menos de 50 hectáreas y el 50%, es decir, unos 75 mil poseen menos

de 10 hectáreas. El sector burgués más "desarrollado" podríamos ubicarlo en unos 20 mil propietarios, que poseen apenas el 13% del número total de predios y sólo el 18% de la superficie arable del país. Este sector es dueño de predios que tienen entre 50 y 200 hectáreas. Es de suponer la debilidad como capitalistas de estos propietarios en un país en que la maquinaria se usa en un grado muy bajo en las faenas agrícolas, donde apenas el 35,5% de la superficie arable se cultiva en forma intensiva, en que la agricultura disminuye de año en año su participación, en el ingreso nacional y en que decenas de miles de campesinos emigran a las grandes ciudades debido a la crisis agrícola.

En lo que respecta a la industria manufacturera, alrededor de 70 mil empresas son diminutos talleres artesanales de menos de 5 operarios. Entre las 6 mil industrias aproximadamente que emplean más de 5 operarios, el 87% emplea a menos de 50 personas entre obreros y empleados y el 40% a menos de 10 personas. Tan sólo unas 170 industrias, que separamos en nuestro Programa, colocándolas en el campo de los principales enemigos de la revolución, cuentan con más de 200 operarios. Demás está decir que la mayor parte de estas 6 mil industrias mencionadas son, para cualquier país de mediano desarrollo capitalista, prácticamente, industrias artesanales. Esta es la "tremenda" burguesía que los trotskistas quieren socializar de golpe y porrazo... Se trata por lo demás, de empresas industriales que, según el censo de 1957, estaban produciendo apenas a la mitad de su capacidad instalada.

En lo que toca al comercio mayorista, los empleadores son poco más de 2 mil y los que trabajan por cuenta propia, unos 5 mil. Existen, en cambio, casi 100 mil personas que trabajan por cuenta propia y unos 6 mil empleadores, en el comercio minorista. La inmensa mayoría son, por lo tanto, comerciantes pequeños y medios.

Resumiendo lo anterior, podemos afirmar que, descontando a los ya reiteradamente señalados como enemigos fundamentales de la revolución, el resto de la burguesía está integrado por centenares de miles de propietarios cuyas empresas se acercan más a las características del taller artesanal que a cualquiera industria mediana de los países capitalistas más avanzados. Si bien, como fuerza económica nuestra burguesía no monopolista es extremadamente débil, sin embargo constituye, por su número e influencia sobre otros sectores, un considerable enemigo si se une al imperialismo y a las otras fuerzas ultra-reaccionarias. Del mismo modo, en sentido opuesto, si es movilizadora por los proletarios contra sus adversarios fundamentales, constituye un poderoso y decisivo aporte a la derrota de tales enemigos.

Piénsese, además, que el plantear en una etapa inmediata la Revolución Socialista, no sólo implica el problema político que hemos analizado, sino un problema económico de proporciones. En nuestro país significa concretamente colocar bajo el control y dirección del Estado a más de medio millón de empresas de todo tipo, la mayoría de las cuales son de un tamaño ínfimo. El llevar esto a la práctica constituye, no sólo una carga ruinosa para el Estado (hay que considerar lo que significaría tan sólo administrar cerca de 70 mil talleres artesanales), sino que, al mismo tiempo, debilitaría enormemente la posibilidad de tomar el control efectivo de los centros vitales de la economía del país en una primera etapa. Esta tarea de expropiar y administrar de inmediato todas las empresas privadas, cualquiera que sea su tamaño, como lo desean los trotskistas, se realizaría, además, en los momentos mismos en que el proletariado debe defender y consolidar el Poder contra todos los explotadores y el imperialismo, que tratarán

de seguir defendiendo a sangre y fuego sus privilegios. Si en cambio, se levanta la consigna de la Revolución Socialista para esta etapa, sin pensar en expropiar a todos los explotadores, se cae en una actitud aún más estúpida. Esto en los hechos significaría empujar, en aras de una consigna demagógica y que no se piensa llevar a la práctica, a todos los sectores intermedios —incluso a los más ínfimos explotadores— al lado del imperialismo y de los ultra-reaccionarios.

Como lo expresara Lenin el problema fundamental de la revolución, es el problema de la conquista del Poder. Para conquistar el Poder es necesario agrupar y conducir a la lucha a determinadas fuerzas sociales y esto sólo puede lograrse a través de un Programa concreto que contemple determinadas reivindicaciones que les sean propias. ¿Podríamos, entonces, movilizar a la pequeña y mediana burguesía —necesarias como hemos visto para ayudar a aplastar a los enemigos fundamentales— bajo la amenaza de una inminente expropiación una vez conquistado el Poder? Hay algunos trotskistas que argumentan, que basta el hecho que las principales ramas de la economía pasen a poder estatal, para calificar la revolución como socialista. Sin embargo, esto es un disparate aún mayor, que demuestra su absoluta ignorancia del marxismo-leninismo, ya que, lo que caracteriza una revolución —puesto que se trata ante todo de conquistar el Poder— son las fuerzas sociales que en ella deben tomar parte, así como quien las dirige y no sólo determinadas medidas económicas que se tomarán después de conquistar el Poder. Por el contrario, las medidas programáticas que se levanten como bandera para la conquista del Poder deben considerar —como lo hemos dicho— los intereses de todas las fuerzas que se necesite movilizar con este objetivo y, como es natural, principalmente, los intereses de la clase dirigente: el proletariado.

Las razones, por consiguiente, que nos llevan a rechazar la estrategia y táctica ilusoria y reaccionaria de los trotskistas, son poderosas razones de orden político, social y económico, fundamentadas, tanto en la experiencia internacional revolucionaria, como en las características concretas de nuestro país.

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO Y LA LUCHA POR EL PODER

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO

En lo que toca a la concepción de lo que debe ser el Partido Proletario que dirija la revolución chilena, nuestros puntos de vista son también diametralmente opuestos a los del grupo estudiantil trotskista MIR. Ante todo, nosotros hemos querido ser y somos básicamente un partido proletario y luchamos porque nuestra organización tenga —tanto en su composición de clase como en la conciencia de sus militantes— un carácter proletario cada vez más acentuado. El MIR, en cambio, pese a que habla del proletariado, de la revolución proletaria, etc., es un grupo, por su composición de clase y su ideología, eminentemente pequeño-burgués, lo que es una prueba más de la inconsecuencia de los trotskistas que lo dirigen entre lo que dicen y hacen.

Aparte de lo anterior, que no deja de ser un problema fundamental que nos separa, tenemos también diferencias básicas respecto a la estructura misma y funcionamiento del Partido. Los dirigentes del MIR, siguiendo en esto también a Trotski —que fuera combatido duramente por Lenin a raíz de sus concepciones liquidacionistas del Partido —se pronuncian contra lo que llaman el sectarismo y

monolitismo de nuestro Partido. Según ellos es suficiente para crear un "Partido", como lo expresan en la ya mencionada Declaración de Principios y en otros documentos, "el unificar, por encima de todo sectarismo, a los grupos militantes revolucionarios que están dispuestos a emprender rápida, pero seriamente, la preparación y organización de la Revolución Socialista Chilena". La verdad es que son bien poco exigentes... Sin duda que son "amplios", "no monolíticos" y, por qué no decirlo, liberales hasta los huesos. En realidad, el poner como condición casi exclusiva para integrar un partido que pretende ser revolucionario tan sólo la adhesión a la ilusoria consigna pequeño-burguesa de una trayectoria "rápida" al socialismo, sin señalar una estrategia justa para avanzar un solo paso en tal sentido, indica únicamente un propósito oportunista de poner el afán proselitista por encima de los principios. Al agitar esta bandera, con la esperanza de conquistar a quienes honestamente aspiran al socialismo, poniendo el simple concepto de "rapidez" por encima de una estrategia y táctica probadas por las experiencias revolucionarias del proletariado internacional, sólo han conseguido y conseguirán reclutar a aquellos pequeño-burgueses que consideran la revolución como un pasatiempo para sus horas libres y que son incapaces de realizar el arduo y abnegado trabajo revolucionario en el seno de las masas. Nuestro Partido, como partido proletario, trabaja y lucha por liberar lo antes posible a los trabajadores de toda forma de explotación; pero tiene perfectamente claro que la "rapidez" al modo trotskista, tendiente a negar las etapas ineludibles del proceso revolucionario, lejos de apresurarlo lo llevan a su derrota y estancamiento.

Nuestro Partido, en cambio, no es ni una academia pequeño-burguesa dedicada a eternas discusiones, ni una federación de grupos de ideologías diversas y aún antagónicas en principios fundamentales. Somos monolíticos en cuanto a que nos orientamos por los principios del marxismo-leninismo y pensamos que los trotskistas, revisionistas y otras especies de oportunistas nada tienen que hacer en nuestro Partido. No sacrificamos, por nada del mundo, estos principios al simple deseo de crecimiento cuantitativo. Creemos que el agrupar en un mismo partido a personas (peor aún a grupos) con ideologías opuestas, si bien puede facilitar inicialmente cierto crecimiento cuantitativo, es una bomba de tiempo que terminaría por destruir al Partido. Y si se trata de un partido de esa especie, en buena hora que se destruya, porque de nada sirve a la revolución.

En nuestro Partido se han agrupado personas que compartían ya previamente los principios fundamentales del marxismo leninismo. Si alguien queda en él que represente otra ideología tiene sus días contados en nuestras filas. Por lo mismo, nuestras discusiones se refieren a la aplicación de dichos principios a la realidad concreta de nuestro país. Esta discusión es permanente en lo que respecta a la táctica que debe renovarse de acuerdo a circunstancias cambiantes. En lo que toca a la estrategia, es decir, a la línea del Partido para un largo período, para una etapa revolucionaria, no nos enfrascamos en discusiones a cada momento, ya que esto paralizaría la acción que es la prueba más decisiva de la justeza o falsedad de una línea política. Para discutir la estrategia tenemos nuestros Congresos periódicos y sólo un nuevo Congreso —la reunión más representativa del Partido— puede cambiar la línea política acordada por el anterior. En esto también, siguiendo el pensamiento de Lenin, somos monolíticos. Por lo mismo, no aceptamos que una minoría trabaje con una línea opuesta a la que la mayoría del Congreso aprobó. No aceptamos que en otros organismos o reuniones del Partido que no sean los Congresos, grupos de militantes o dirigentes propugnen una línea contraria a la ya aprobada en esos torneos. Consideramos esto como un trabajo fraccional merecedor de la expulsión del Partido.

El centralismo democrático y la unidad ideológica son los dos pilares en que descansa lo que Lenin llamaba la "voluntad única" del Partido, indispensable para constituir una verdadera organización bolchevique. Sin esta "voluntad única" el Partido revolucionario jamás podrá convertirse en la vanguardia de la clase obrera y el pueblo y menos aún dirigir su lucha revolucionaria para derrocar a los explotadores. El papel fundamental de los trotskistas, como agentes de la ideología pequeño-burguesa, es tratar de descomponer a los partidos revolucionarios y liquidar su capacidad de lucha. Es por esto que se oponen al centralismo democrático y a la unidad ideológica de dichos partidos. Son estos conceptos fundamentales los que ellos pretenden calificar despectivamente, como monolitismo.

En vano se esforzarán los trotskistas en particular y la pequeña-burguesía en general, tratando de introducir el cáncer del ultrademocratismo liberaloide en nuestras filas. Todos estos intentos se estrellarán con la unidad férrea de nuestro Partido, unidad basada en los principios fundamentales del marxismo leninismo, unidad forjada en la defensa intransigente de dichos principios, como condición fundamental para el desarrollo y consolidación de una verdadera vanguardia proletaria.

¿FOQUISMO, TERRORISMO URBANO O GUERRA POPULAR?

Los dirigentes del MIR han pretendido amalgamar en el seno de su organización a todos los grupos de la pequeña burguesía que aspiran a establecer el "socialismo" en nuestro país a través de una **insurrección armada**. Como los que han acudido a su llamado son, en su mayoría, facciones de intelectuales provenientes del trotskismo, de los viejos partidos de "izquierda", así como jóvenes ilusionados con el "castrismo", anarquistas, etc., las dificultades para formular un programa siguen siendo aún insuperables. El mosaico ideológico existente, permite que cada cual piense lo que quiera sobre dicha insurrección armada, sobre la estrategia y táctica para establecer el socialismo. A pesar de esa nebulosa en el plano de las ideas, aspiran a dirigir a la clase obrera en una lucha frontal contra todos sus enemigos de clase.

Hablar de "insurrección armada" y no explicar qué se entiende por eso, no formular claramente la estrategia y tácticas a emplear en esa lucha, no deducirlas de un análisis previo de la situación concreta en que se desarrollará esa lucha, no precisar las contradicciones que se expresarán en ella, no distinguir el enemigo principal y los enemigos secundarios, soñar con embestirlos a todos al mismo tiempo, no pasa de ser una demagogia y una irresponsabilidad. La forma en que se organiza y se emprende una lucha armada representa siempre los intereses de clase de quienes la dirigen.

El MIR y otros grupos pequeño-burgueses se sienten profundamente identificados con los métodos de lucha insurreccional que triunfaron en Cuba. Es decir, el foco guerrillero y el terrorismo urbano. Eso es lo único claro que se deduce de sus documentos. Pues bien, esa teoría insurreccional —impulsada en toda América por los dirigentes de La Habana— es la más clara expresión del pensamiento y de los intereses de la pequeña-burguesía. El terrorismo urbano prescinde de las masas, se basa -en acciones aisladas que pueden ejecutar poquísimos individuos, no necesita del apoyo popular y se puede provocar daños al adversario sin adquirir compromisos con las amplias masas proletarias. Es la forma de lucha predilecta de los pequeño-burgueses, representa su individualismo y su temor a fundirse con el proletariado. Cualquiera de ellos está dispuesto a poner una bomba, pero poquísimas están dispuestos a ir a compartir con los obreros y campesinos las

durezas de su vida y a aprender de ellos la conciencia de clase. La teoría del "foco guerrillero" tiene su raíz de clase. Parte del supuesto de que un grupo de revolucionarios pequeño-burgueses injertado de la ciudad en el campo —o mejor aun en la montaña— puede desarrollar acciones armadas capaces de aglutinar a las masas campesinas a su alrededor, de despertar la conciencia revolucionaria de todo el país y, por último, de ganar el poder. No se trata de ganar el apoyo de las masas para que ellas realicen su guerra de liberación sino, por el contrario, de hacer la guerra con pretensión de ganar así el apoyo de las masas. No se trata de elevar el nivel de lucha de las masas hasta que ellas sean capaces de generar su propio ejército, dirigido por la ideología del proletariado y por el partido del proletariado, sino de ganar el apoyo y la admiración de las masas a través de acciones heroicas, pero dejándolas en un plano secundario, en actitud de recibir lo que el grupo militarizado quiera darles al llegar al poder, sin posibilidades de determinar, el futuro de la sociedad que genere esta lucha ni mucho menos de establecer una verdadera dictadura del proletariado. El grupo guerrillero sin dirección de un partido proletario puede alcanzar éxitos militares y aún, en determinadas circunstancias, puede eliminar un Gobierno impopular, pero al no estar controlado por el proletariado inevitablemente se transforma en un nuevo opresor.

La tendencia política "castrista" se caracteriza —según uno de los trabajos editados por el propio MIR (La Revolución Peruana de S. Condoruna)— por un "pragmatismo revolucionario elemental que elude la adhesión a una ideología plenamente sistematizada". Esta tendencia se ha manifestado en casi toda la América Latina bajo el influjo de la revolución cubana y el MIR de Chile es sólo una de sus expresiones. El pretendido afán —manifestado una y otra vez— de "buscar un camino revolucionario para el socialismo basado en la propia historia y en la forja de un programa enraizado en la realidad nacional concreta", lo único que oculta en el fondo es el deseo de sustraer la lucha revolucionaria de la ideología revolucionaria del proletariado, es decir, del marxismo-leninismo. Bajo la apariencia de una formulación nacionalista, trata, justamente, de eludir su adhesión a una ideología plenamente sistematizada; pretende restarle vigencia e importancia a las experiencias internacionales del proletariado, porque de ellas sólo puede deducirse la necesidad de crear un partido de la clase obrera, armado con la ideología marxista-leninista, capaz de movilizar revolucionariamente a las masas y de llevarlas a formar su propio ejército, de dirigirles en una amplia guerra popular y de destruir uno a uno a los enemigos de nuestro pueblo. Esto resulta intolerable para los trotskistas y muy poco atractivo para los demás pequeño-burgueses del MIR.

La teoría del "foquismo guerrillero" ya ha sido probada en la práctica de la revolución latinoamericana con resultados desastrosos. Las esperanzas de que el caso cubano vuelva a repetirse sólo pueden corresponder a una mentalidad ilusa. Ningún grupo armado puede alentar la pretensión de reducir la lucha a un simple enfrentamiento con el ejército de la burguesía de un solo país. La brutal intervención del ejército yanqui en la República Dominicana debe quitarles toda ilusión de una lucha rápida y de un triunfo fácil.

El imperialismo yanqui es el enemigo principal de todos los pueblos latinoamericanos, contra él tendrán que enfrentarse las fuerzas que quieran hacer la revolución en cualquiera de nuestros países. Es un enemigo poderoso y la única forma de derrotarlo será a través de una guerra popular, coordinada con todas las luchas de liberación de los pueblos oprimidos, con todas las luchas revolucionarias de nuestra América y en que las masas populares tengan toda las

posibilidades de desarrollar sus enormes fuerzas potenciales y de aplicar a la realidad concreta de su país, los métodos de lucha sistematizados por los grandes revolucionarios de nuestra época.

La guerra popular se basa en la movilización revolucionaria de amplias masas, dirigidas por el partido del proletariado, en lucha por sus intereses concretos y con el claro objetivo de la conquista del poder. Enseña a las masas a apoyarse en sus propios esfuerzos y a despertar su ingenio creador para solucionar los problemas generados por su lucha. Conduce a las masas y les enseña a sistematizar sus experiencias para que ellas le sirvan de orientación y guía y las ayude a elevar el nivel de sus diversas formas de lucha. Enseña a las masas a atreverse a luchar contra un enemigo inicialmente más poderoso y a desarrollar sus propias fuerzas, concentrándolas para aniquilar al enemigo por partes, hasta, alcanzar la superioridad que les permita aplastarlo definitivamente.

La guerra popular es la forma más desarrollada de lucha contra un enemigo poderoso. Ella es el fruto de una larga experiencia internacional en la aplicación del marxismo-leninismo. Los principios de la guerra popular, formulados por Mao Tse Tung, son la consecuencia lógica de la correcta aplicación del marxismo-leninismo a la lucha de un pueblo contra un enemigo superior en fuerzas militares. Esos principios han comprobados ser justos en la Guerra Anti-japonesa y en la larga guerra de liberación del pueblo chino, en la Guerra de Corea, en la guerra contra el fascismo librada por el pueblo soviético, y actualmente establecen su más definitiva comprobación en la Guerra del Vietnam. Es un tesoro del proletariado que sólo los irresponsables o los que nunca han pensado seriamente en la revolución pueden desecharlos o subestimarlos.

La guerra popular es una expresión de la ideología proletaria, así como el foquismo y el terrorismo urbano son la expresión de la ideología pequeño-burguesa. Nuestras diferencias con el MIR no son —como ellos pretenden— de adhesión y simpatías por tal o cual país, sino diferencias muy profundas que corresponden a las distintas clases que representamos.

REVISIONISTAS Y REVOLUCIONARIOS

LA POSICIÓN FRENTE AL REVISIONISMO

Los ideólogos del MIR ya no parecen considerar necesaria la lucha contra el revisionismo y hasta se oponen que otros persistan en esa lucha. En su revista "Estrategia", Nº 7, de Enero del presente año, enumerando ordenadamente sus diferencias con el Partido Comunista Revolucionario dicen: "7°— Coinciden con el programa del revisionismo. Esta coincidencia los obliga a colocarse como simple dirección de recambio ante los militantes del Partido Comunista y los lleva —necesariamente— a exaltar la lucha contra la dirección Corvalán-Millas hasta colocarlo al mismo nivel que la lucha contra el imperialismo y la burguesía. **No saben establecer la diferencia de clase entre unos y otros**".

Que nuestro programa coincida con el del Partido Comunista revisionista, sólo se le puede antojar a un paranoico o a un trotskista delirante. Nuestro programa es diferente y antagónico del programa revisionista en todos y en cada uno de sus puntos, en su concepción del Estado, de la lucha de masas, del camino para llegar al poder, del frente unido, etc. Esa tal coincidencia de programas no la puede creer nadie que los haya leído. Ni siquiera la cree la dirección del MIR, puesto que

en su N° 2 de la misma revista "Estrategia", pág. 14, dicen: "Debemos señalar que el Programa de Espartaco contiene algunas consideraciones y conclusiones que compartimos en líneas generales. En otra forma resultaría absurdo todo lo que hemos expuesto precedentemente. (Se refiere a una larga queja porque no nos uníamos con ellos. N. R.) Hay similitud de conceptos en los que se refiere a la apreciación de la realidad nacional, latinoamericana y mundial, en el juzgamiento del revisionismo contemporáneo, en la exposición sobre los métodos revolucionarios y las vías para llegar al poder, en la estimación del significado de las fuerzas armadas del pueblo y en la proclamación de la necesidad de un partido revolucionario de vanguardia".

¿En qué quedamos al fin? Según "Estrategia" N° 2, nuestro programa es profundamente revolucionario y ellos lo comparten en gran medida. Según "Estrategia" N° 7, nuestro programa es idéntico al del Partido Comunista Revisionista. Nuestro programa no ha cambiado, exactamente el mismo proyecto de programa de Espartaco fue aprobado en el Congreso Constituyente del Partido Comunista Revolucionario. ¿Qué podemos pensar de los que hoy dicen una cosa y pocos meses después dicen exactamente lo contrario?. ¿Qué seriedad de revolucionarios podemos reconocerles?.

Sin embargo, del ridículo supuesto de que nuestro programa y el de los revisionistas es idéntico, el MIR deduce —en su Estrategia" N° 7— que nuestro partido tiene que atacar —necesariamente— a los revisionistas, mientras que ellos aparecerían en libertad de hacerlo o no. Como si la lucha contra el oportunismo no fuera una cuestión de principios y como si esta lucha debiera dosificarse de modo que no haga demasiado daño al contendor.

Lo más significativo es que la dirección del MIR se duele de nuestro ataque a la dirección revisionista Corvalán-Millas y pretende que es un error nuestro colocar a estos renegados como enemigos de clase. Ellos pretenden dejar a los Millas y Corvalanes junto al proletariado, pretenden dejar a las direcciones revisionistas de todo el mundo dentro del frente de los pueblos. Eso es, precisamente lo que quiere el imperialismo; que aceptemos a sus agentes en nuestras organizaciones, que el proletariado los acepte en sus frentes de lucha y los conserve en la dirección de los organismos de masas. El imperialismo sabe, perfectamente que, mientras gran parte del proletariado organizado esté en manos de dirigentes revisionistas, la guerra popular será imposible, la movilización revolucionaria de las masas será imposible. La historia reciente de nuestra América está llena de tristes experiencias de revolucionarios que creyeron posible emprender la lucha insurreccional sin eliminar primero la influencia de los revisionistas sobre las masas proletarias y algunos hasta los aceptaron como aliados. Muchos de ellos creyeron que sus divergencias con los revisionistas eran sólo de métodos y tácticas y que podrían arrastrar a las masas a la lucha armada con el estímulo de su ejemplo. Manuel de la Puente Uceda, en el Perú, Fabricio Ojeda, en Venezuela, y junto a ellos centenas de guerrilleros fueron abandonados, traicionados y delatados por los revisionistas. Su martirio fue estéril y el proletariado de sus respectivos países no quedó organizado y en pié de lucha contra sus opresores, sino golpeado y desconcertado. Plantear ahora, después de estos lamentables ejemplos, la convivencia con el revisionismo, negarse a luchar hasta el fin con estos renegados y traidores del movimiento obrero y hablar, al mismo tiempo, de vía insurreccional es o una estupidez sin límites o una canallada.

Sin embargo, la dirección del MIR nos critica nuestra lucha consecuente contra los revisionistas y propugna que los consideremos hermanos de clase. De hecho,

ellos han dosificado su combate contra el revisionismo en el plano nacional mientras apoyan el neutralismo, en la lucha entre marxistas-leninistas y revisionistas, en el plano internacional. Para justificar este cambio en su línea política, que se adapta a sus nuevas vinculaciones internacionales, ellos tienen que atacarnos y desacreditar la lucha contra el revisionismo. En su nueva posición, ellos no sólo parecen dispuestos a convivir con los revisionistas sino a transformar la lucha contra éstos, en una especie de "emulación pacífica" en la que esperan ganar la simpatía de las masas con sus posiciones "más radicales". En el mismo número de "Estrategia", pág. 19, dicen: "La progresiva radicalización de los trabajadores arrojará a los militantes socialistas y comunistas a liberarse del oportunismo para construir un movimiento auténticamente revolucionario marxista-leninista". O sea, dejamos tranquilos a los Corvalán, Millas y Volodias, que las bases socialistas y comunistas vendrán a nosotros por su propia y espontánea radicalización. ¿Qué clase de revolucionarios son éstos, qué renuncian a la lucha contra el oportunismo y hasta combaten a los que la realizan? ¿Cómo esperan que se produzca la radicalización de los trabajadores si rechazan la lucha ideológica contra el revisionismo?.

Quienes pretendan organizar a las masas proletarias para llevarlas a enfrentar a sus opresores hasta arrebatárles el poder a través del único camino posible, que es la guerra popular, no pueden cumplir sus objetivos sin eliminar la influencia revisionista sobre el proletariado, sin luchar ideológicamente con ellos hasta desenmascararlos totalmente como enemigos de la clase obrera, como agentes de la burguesía, encargados de paralizar las luchas proletarias y acomodar a los explotados a la convivencia con sus explotadores.

La maquinaria del revisionismo es poderosa en nuestro país; cuenta con un buen número de parlamentarios, con miles de funcionarios, regidores y dirigentes sindicales, con una aristocracia obrera corrompida y aburguesada por ellos, con periódicos de amplia distribución nacional y con el apoyo franco o encubierto de las autoridades y los patrones. Ellos cumplen una tarea fundamental para la conservación de la dictadura de la burguesía y la dominación imperialista. Ellos se encargan de mantener dentro de los límites de la legalidad burguesa todos los conflictos entre trabajadores y empresas. Ellos alientan en el proletariado la esperanza de resolver sus problemas a través del reformismo y de las alzas periódicas de salarios. Ellos promueven la colaboración con la Democracia Cristiana, a cambio de las granjerías que obtienen en el comercio con el bloque soviético. Ellos son una palanca importante del régimen; constituyen la oposición necesaria y deseable de la dictadura burguesa. Es absurdo y utópico pensar en una movilización revolucionaria de las masas de nuestro país sin destruir al mismo tiempo la maquinaria del revisionismo, sin eliminar totalmente su influencia en el proletariado.

El MIR, en cambio, nos critica esta posición justa de combatir al revisionismo implacablemente ¿Qué vía insurreccional es la que estos "extremistas de izquierda" pretenden dejando a las masas en manos del revisionismo?. Todas sus especulaciones, típicamente pequeño-burguesas, para analizar la situación de los trabajadores y sus esperanzas de que las bases socialistas y comunistas cambien la línea de sus partidos y sigan una "conducta insurreccional clara y consecuente", pretenden ignorar como actúa la burocracia revisionista y la imposibilidad que tienen las bases de influir y mucho menos cambiar la línea impuesta por sus dirigentes. En el fondo, no es sino una manera de camuflar su determinación de no luchar contra el revisionismo y de adaptarse a la situación existente. Quieren ser admitidos por los revisionistas en la CUT, participar en la

dirección de la OLAS, sentarse a la mesa de "los grandes" de la izquierda tradicional aunque sea como una especie de hermano menor, rebelde y colérico que escandaliza a las tías con su verborrea insurreccional.

En el mismo número de enero de su revista "Estrategia", pág. 16. el MIR se queja amargamente por los ataques que "El Siglo" les ha dedicado y dicen: "**Prefieren romper la unidad de la izquierda** y abrir camino a los grupos burgueses del radicalismo o de la Democracia Cristiana, antes de permitir un paso adelante del MIR". Y, sintiéndose injustamente combatidos por los revisionistas, agregan: "Estas maniobras divisionistas y sectarias que rompen la unidad que fortalece al movimiento obrero y popular, deben ser denunciadas por nuestros militantes y por el MIR, en defensa del interés de los trabajadores y de la lucha por la revolución socialista". Está claro su interés de unirse con los revisionistas y hasta esperan que de esta unión el proletariado resulte más fortalecido. En tal comparsa desean luchar por la revolución socialista.

LA POSICION ANTE CUBA

A pesar de sus reiteradas afirmaciones de independencia, el MIR, pretende erigirse en uno de los tantos representantes extraoficiales de la línea cubana. No puede aspirar a más, porque la representación oficial y los contactos directos del P. C. Cubano están en manos de la dirección del Partido Comunista Revisionista. Sus relaciones con el grupo dirigente cubano tienen que ser mantenidas con el sigilo de los amores ilícitos y aún compartir el concubinato con el Partido Socialista y otros grupos menores, incluso con el grupo de locutores que dirigen la revolución chilena desde Radio Habana. Pero su devoción ideológica es total. En su declaración de principios dicen textualmente: "El MIR proclama su apoyo a la revolución cubana por entender que **sus métodos de lucha insurreccional, liquidación de la oligarquía y burguesía nacionales, actitud antiimperialista y formas de construcción del socialismo**, incluyendo sus propósitos de no permitir el sectarismo ni el burocratismo, constituyen un ejemplo para la conducción de los revolucionarios del continente" (los subrayados son nuestros N. R.).

La revolución cubana ha tenido una influencia enorme en el desarrollo de la lucha de nuestros pueblos. Por primera vez, en América Latina, fuerzas armadas apoyadas por el pueblo, fueron capaces de derrotar y destruir a un ejército profesional y un régimen corrompido apoyado por el imperialismo yanqui. Por primera vez, un gobierno latinoamericano fue capaz de enfrentarse a la furia imperialista, derrotarlos en Playa Girón y sintetizar su práctica revolucionaria en un documento valioso para la lucha latinoamericana, como fue la Segunda Declaración de La Habana. Por eso mismo, por el cariño y la admiración que la Revolución Cubana se ha ganado entre las masas proletarias de todo el continente, las acciones y declaraciones de sus dirigentes, así como su posición en el plano internacional y el camino que han elegido para la construcción del socialismo tienen que ser cuidadosamente analizados por los revolucionarios latinoamericanos. Las revoluciones triunfantes deben ser estudiadas con minucioso espíritu crítico por quienes aspiren a dirigir la lucha de sus pueblos. Hay que aprender de sus éxitos y de sus errores, y ninguna revolución deja de tener ambos aspectos en su desarrollo. La admiración ciega y bobalicona no presta ningún servicio al proletariado ni puede orientarlo en la larga y compleja lucha con sus enemigos de clase. Sin embargo, los incondicionales de los dirigentes cubanos —entre los que se cuenta la dirección del MIR— pretenden negar siquiera el derecho a discutir la posición de estos dirigentes y su acción

directa en la política de nuestro país. Su argumento preferido es que no tenemos derecho a criticar a los héroes de la Sierra Maestra, los que no hemos hecho una revolución. Esto es ridículo e infantil. Es un argumento típicamente dogmático, que pretende excluir a los héroes y a los dirigentes victoriosos de todo proceso dialéctico, de toda posibilidad de cambios y error. Lenin no hubiera tenido derecho a criticar a Kautzky que fue un brillante dirigente marxista e hizo aportes notables a la teoría revolucionaria antes de convertirse en un renegado; no podríamos juzgar a Tito de Yugoslavia, que fue un héroe de la lucha antifascista para venir a parar en un traidor de la causa proletaria y en un aliado del imperialismo, y los ejemplos de la historia se pueden multiplicar hasta el infinito. Cuanto más grandes son los méritos de un dirigente revolucionario, mayor es su responsabilidad y más grandes son los daños que pueden acarrear sus errores.

Nosotros tenemos críticas serias que hacer a los dirigentes cubanos y consideramos un deber y una responsabilidad ineludible el formularlas claramente, así como nos parece del más detestable oportunismo pequeño-burgués el silenciar las críticas para no perder el caudal político que ganó con justicia la revolución cubana, entre nuestro pueblo durante todo aquel período en que el imperialismo yanqui la consideraba su peor enemigo.

Le criticamos: 1°) El haber perdido su línea justa e independiente, mantenida hasta la crisis del Caribe, y haber cedido a las presiones del revisionismo soviético; lo que ha quedado de manifiesto al prestarse como Sede a la reunión de los 22 partidos revisionistas de América Latina, en 1964, reconociendo fila junto a toda la carroña oportunista, entreguista y degenerada del revisionismo latinoamericano y firmando con ellos un pacto de unidad en contra de los revolucionarios; el haber asistido a la reunión escisionista de Moscú, en 1965, y el organizar un sorpresivo e injustificado ataque en gran escala contra China, en la víspera de la Conferencia Tri-Continental. 2°) El haber planteado el cese de la polémica pública entre marxistas-leninistas y revisionistas arguyendo que la lucha ideológica "podía esperar diez años" y que la defensa de los principios era "bizantinismo". Esta tesis, del más profundo oportunismo, está en abierta contradicción con el espíritu de la Segunda Declaración de la Habana. Un deber fundamental de los revolucionarios es sembrar las ideas revolucionarias, el cese de la polémica pública pretendía prohibir las ideas revolucionarias en beneficio de la supervivencia del revisionismo y para beneplácito del imperialismo y los reaccionarios. 3°) El fomentar para toda Latinoamérica una línea de lucha armada aventurera, basada en el "foco" guerrillero pequeño burgués, injertado de la ciudad en el campo, a espaldas de las masas y en su reemplazo, mientras alienta y ayuda a los revisionistas para que conserven su control sobre las masas organizadas. 4°) El haber firmado su máximo dirigente, Fidel Castro, una declaración conjunta con Luis Corvalán, jefe de la camarilla de renegados que dirige el revisionismo criollo, manifestando que existía total identidad en sus puntos de vista. Este fue un golpe a mansalva a los revolucionarios chilenos, pero, principalmente, fue un golpe al prestigio de la revolución cubana y una abierta traición a la Segunda Declaración de la Habana. Fue el acto más hostil que pudo imaginar la dirección cubana contra los que defendíamos y difundíamos ese documento para unirse a los que lo ocultaban, lo denigraban y se oponían a él. Los revolucionarios tenemos que deducir que, si la dirección cubana tiene identidad de puntos de vista con Corvalán, nada tiene que ver con nosotros ni con los intereses del proletariado y de la revolución chilena. 5°) El haber impuesto en la preparación de la Conferencia Tri-Continental una línea organizativa, oportunista para América Latina, con exclusión de los partidos y organizaciones revolucionarias y con estricta inclusión de los revisionistas. En los

hechos, la dirección cubana prestó grandes servicios al revisionismo internacional, ayudándolo a preparar la escisión del movimiento afro-asiático, y muy pocos servicios a la revolución latinoamericana. El imperialismo yanqui puede estarle agradecido. Los postulados revolucionarios aprobados en aquella conferencia sólo servirán para ayudar a camuflar a los enemigos de la revolución. La OLAS, el organismo ideado para propagar dichos postulados y promover su ejecución, a lo sumo se convertirá en una central latinoamericana del revisionismo. 6º) El oponerse sistemáticamente a los partidos marxistas-leninista de América Latina, llegando hasta el ataque directo dentro de ellos y recurriendo a la intriga, la conspiración y el soborno para descomponerlos y organizar el fraccionismo contra sus directivas. Pueden dar fe de sus incansables maquinaciones, los camaradas colombianos, dominicanos, guatemaltecos, peruanos, brasileños, argentinos y nosotros mismos.

Estas son algunas de las principales críticas que formulamos a los dirigentes cubanos y que debemos hacer públicas porque corresponden a acciones concretas que perjudican gravemente el desarrollo de nuestra lucha revolucionaria. Los dirigentes del MIR, en cambio, comparten plenamente las posiciones y los actos de los dirigentes cubanos. No es difícil comprender, entonces, su desagrado por nuestra permanente lucha contra el revisionismo criollo e internacional.

El origen de clases pequeño-burgués de la dirección del MIR y de gran parte de su militancia, explica su devoción por los dirigentes cubanos, su posición y sus métodos. Allí se han realizado todos sus sueños. El grupo trotskista del MIR bate palmas porque Cuba "por decreto" se declaró socialista de una vez. No les interesa analizar objetivamente qué tipo de socialismo se está desarrollando en Cuba; no les afecta saber que la mayoría de las tierras cubanas están en manos de pequeños propietarios que explotan mano de obra ajena; que no se están desarrollando formas socialistas de producción en el campo sino consolidando las formas capitalistas; que la burguesía no ha sido desplazada de los puestos dirigentes en el aparato burocrático y en los organismos culturales y que, por el contrario, ella se afianza y gana posiciones sobre los instrumentos del poder.

Consideran ejemplar la línea de construcción del socialismo cubano y no se detienen a pensar si corresponde a los intereses del pueblo revolucionario de Cuba una construcción económica basada en la "división internacional del trabajo" dirigida por Moscú, que deja a Cuba como simple productora de azúcar y en total dependencia de los soviéticos, en lugar de construir una economía diversificada, capaz de abastecerla de los alimentos y productos esenciales; si es justo depender de la ayuda externa y de mercados lejanos cuando se vive en peligro de un bloqueo total del imperialismo yanqui, o si esa actitud corresponde a la ilusión de una larga coexistencia pacífica con el imperialismo.

Los marxista-leninistas sabemos que la revolución mundial no camina en línea recta, que ella tiene avances y retrocesos. Sabemos que el proletariado tiene una dura y difícil tarea para imponer la sociedad sin clases del futuro. Sabemos que a los enemigos tradicionales de clase se suman nuevos grupos surgidos del propio desarrollo de la lucha. Las experiencias de los últimos decenios nos han enseñado que, aún después de conquistado el poder y establecida la dictadura del proletariado, la lucha de clases continúa sin cuartel y la burguesía desarrolla nuevos brotes aún en el seno de la dirección proletaria. Por eso mismo, nuestra actitud tiene que ser de análisis y crítica permanentes si queremos ser fieles a la causa proletaria y fieles al comunismo. No podemos sacrificar los principios para acomodarnos a las circunstancias. Los aventureros e irresponsables pueden

hacerlo.

LA ACTITUD ANTE CHINA

La dirección del MIR, luego de reconocer que "nuestra apreciación de la realidad nacional, latinoamericana y mundial" era justa ("Estrategia" N° 2), nos atacan ahora por mantenernos fieles a esa posición. En su revista "Estrategia" N° 7, dicen, refiriéndose a nuestro Partido: "Copian y aceptan servilmente las posiciones del Partido Comunista Chino y creen —con fe metálica y cerrando los ojos ante los virajes bruscos del pekinismo— que esta es la palanca esencial para la construcción del partido revolucionario, olvidan que no es la obediencia ideológica ni el copismo carente de crítica frente al Partido Comunista de China el factor esencial para la construcción de un partido marxista-leninista, sino que el propio esfuerzo realizado en la realidad nacional concreta la llave maestra que condiciona la formulación del programa y de la orientación revolucionaria de cada país".

La cantinela no es nueva, la ha usado la burguesía desde 1917 para oponerse al marxismo-leninismo, a la revolución proletaria y al internacionalismo proletario. Lo que resulta notable es que estos "extremistas de izquierda" —como ellos mismos se proclaman— aparezcan ahora esgrimiendo estos argumentos en contra nuestra, pretendiendo desconocer el carácter internacional de la revolución proletaria y el apoyo y la solidaridad estrecha que deben prestarse mutuamente los revolucionarios.

La acusación de seguidismo incondicional que pretenden endilgarnos los del MIR, no puede afectarnos en lo más mínimo. Justamente, por no ser seguidistas, por mantener una permanente actitud crítica y una firme posición de principios, una gran parte de nuestros militantes, abandonaron el viejo Partido Comunista para crear un partido auténticamente revolucionario. Por eso mismo, nos unimos y reforzamos cada día nuestra unidad con los marxista-leninistas de todo el mundo, con los que siguen fieles a esos principios, así como abandonamos, rechazamos y combatimos a los que se desvían de ellos, a los que se oponen a la teoría revolucionaria del proletariado.

China bajo la dirección del pensamiento de Mao Tse-tung es la principal base de apoyo de la revolución mundial antimperialista. Su gran Partido Comunista se ha mantenido fiel al marxismo-leninismo, ha rechazado todas las presiones internas y externas para que se acomodara a la coexistencia con el imperialismo y aprovechara su gran poderío en una línea de chauvinismo de gran potencia, según el ejemplo soviético; por el contrario, ha persistido en su línea revolucionaria proletaria y decididamente antimperialista. China ha apoyado todos los movimientos revolucionarios y a todos los pueblos oprimidos en su lucha por la liberación, llegando incluso a grandes sacrificios como en la Guerra de Corea. Se mantiene firme de pie ante el imperialismo yanqui, que la reconoce como su enemigo principal. Su línea de construcción del socialismo, basada en el principio de apoyarse en los propios esfuerzos y destinada a preparar las bases económicas, sociales e ideológicas del comunismo, se ajusta por entero a las ideas de Marx, Engels y Lenin y a las aspiraciones de todos los proletarios del mundo para constituir una sociedad sin clases ¿Qué razones podríamos tener para no apoyarla con la más firme y completa decisión?

En los momentos en que el imperialismo yanqui y el revisionismo soviético se coluden para aislar y atascar a China con la más desenfrenada campaña de calumnias y acciones hostiles, coreados por los reaccionarios de todo el mundo, ¿cómo y por qué motivo podríamos silenciar nuestro apoyo? ¿Qué clase de

revolucionarios seríamos si no expresáramos públicamente, con todos los medios a nuestro alcance, la más estrecha solidaridad con la República Popular China?

No nos extraña, eso sí, que la dirección del MIR le reste su minúsculo apoyo. La Revolución Cultural que se está desarrollando en China, ha desencadenado una reacción en cadena de toda la pequeña-burguesía vacilante y oportunista. Una revolución como la china, que persiste en su línea proletaria, que lanza una gran ofensiva contra las posiciones burguesas dentro del socialismo, les quita de una vez los deseos de recorrer ese camino. De allí su devoción repentina por el "neutralismo", por la "tercera posición" entre marxista-leninistas y revisionistas. Es la posición elegida por los que se oponen a China y a la revolución proletaria y buscan una careta para ocultar públicamente su real afecto por el revisionismo. Cualquiera que observe el desarrollo de los acontecimientos verá que los "neutralistas" cada día se separan más del frente revolucionario para acercarse más al frente revisionista, así como el revisionismo cada día se acerca más al imperialismo para unirse a él y confundir con él sus intereses en contra del proletariado internacional y de los pueblos oprimidos. No es casual que así ocurra. El desarrollo de la lucha de clases en el plano internacional va uniendo todas las fuerzas antiproletarias en la misma medida en que el proletariado eleva el nivel de su lucha, de su unidad internacional y el desarrollo de sus inmensas fuerzas potenciales. La guerra de liberación del pueblo sudvietnamita, la Revolución Cultural China y el reagrupamiento de los marxista-leninistas son acontecimientos que marcan un avance indudable de las fuerzas proletarias contra el imperialismo y la burguesía. Ante esos acontecimientos, el frente anti-proletario también se unifica y se consolida. Las diferencias por intereses secundarios entre revisionistas, imperialistas y "neutralistas", desaparecerá poco a poco frente a sus intereses fundamentales de clase. La Guerra de Vietnam no ha separado a la camarilla dirigente de la URSS de los gobernantes de Washington sino que los ha unido más. En los últimos días de Febrero del presente año, un cable de la UPI fechado en Washington, daba cuenta del optimismo que reinaba en las esferas oficiales del imperialismo ante las "gestiones de paz" de los soviéticos y citaba a un alto funcionario norteamericano declarando que: "las acciones militares de Estados Unidos combinadas con los esfuerzos diplomáticos de la URSS llevarían a Hanoi a la mesa de las conversaciones". No puede pedirse unidad más completa para forzar a un pueblo a rendirse y a aceptar las condiciones del agresor.

La Revolución Cultural China, ha servido, asimismo, para definir con mayor precisión los campos del proletariado y de sus enemigos de clase en el plano internacional. Ella ha mostrado el verdadero rostro de los que se le oponen, ha dejado en descubierto su identidad de intereses y su común temor a la acción de las masas, al comunismo y a la revolución proletaria.

Los intereses del pueblo chileno, como de todos los pueblos dominados por el imperialismo yanqui, están fuertemente entroncados con la lucha que libra el pueblo chino, contra el imperialismo y el revisionismo, así como están ligados con la lucha del pueblo vietnamita y de todos los pueblos que se atreven a emprender su guerra de liberación. La revolución chilena tendrá que enfrentar los mismos enemigos que enfrentan el pueblo chino y el pueblo vietnamita. Igual que ellos tendrá que librar una guerra sin cuartel contra los que oprimen a los pueblos y contra los que desarman a los pueblos. La solidaridad y el apoyo internacional a los que están en la primera fila del combate no pueden ser postergados por los revolucionarios con el sofisma de una actitud puramente nacional —como pretende el MIR— a menos que no se piense luchar jamás contra el imperialismo

yanqui y que tras esa actitud se esté ocultando la decisión de traicionar a la revolución y al proletariado de nuestra patria.

Los comunistas revolucionarios consideramos parte de nuestra tarea política defender a la República Popular China, de los ataques combinados del imperialismo, el revisionismo y los reaccionarios, exactamente los mismos enemigos de nuestro pueblo, así como divulgar entre las masas el pensamiento de Mao Tse-tung, el arma más afilada que tiene el proletariado de nuestra época para agruparse, liberarse de sus opresores, imponer sus intereses de clase en el socialismo y preparar las condiciones económicas, sociales e ideológicas para el comunismo.

NUESTRA REALIDAD NACIONAL

La preocupación fundamental de nuestro Partido es conducir a las masas populares chilenas a la conquista del poder y a la derrota sucesiva de todos sus explotadores. Para ello aplicamos la verdad universal del marxismo a la realidad concreta de nuestro país. No nos dejaremos seducir por ninguna de las ideologías pequeño-burguesas que circulan, llámense trotskismo o "castrismo" y rechazaremos, firmemente, la influencia que la burguesía intenta introducir en las filas proletarias a través del oportunismo revisionista.

Nuestra organización, desde sus comienzos, ha tenido una intensa preocupación por estudiar nuestra realidad nacional. El Programa del Partido Comunista Revolucionario, es el primer programa marxista-leninista que se edita en Chile. En él, junto con plantear las transformaciones económicas, políticas y sociales de cada etapa revolucionaria y la estrategia y táctica revolucionaria que corresponden a un país como el nuestro, por primera vez, se intenta analizar las clases sociales existentes en Chile, así como caracterizarlo y establecer sus relaciones con el movimiento internacional revolucionario en la época contemporánea. Junto al Programa hemos editado decenas de folletos, una revista teórica y numerosos periódicos regionales y uno nacional. Creemos que ningún partido político ha editado la cantidad de folletos sobre problemas nacionales que ha publicado el nuestro y, desde el punto de vista marxista, son, sin duda, los únicos.

Creemos, sin embargo, que los principales aportes teóricos y prácticos a la revolución chilena no saldrán fundamentalmente de un conocimiento libresco de nuestro país, sino del desarrollo de la propia lucha revolucionaria que dirigirá nuestro Partido. Pensamos, sin embargo, al mismo tiempo, considerando el importante reagrupamiento de cuadros revolucionarios salidos de las masas y de los viejos partidos de "izquierda" que se ha producido en corto tiempo en torno a los planteamientos del Partido Comunista Revolucionario, que nuestro Programa y nuestra línea política son justos en todos sus aspectos fundamentales.

La justeza de nuestros planteamientos nos ha permitido crear, por primera vez en la historia de Chile, un partido comunista marxista-leninista. Sólo nos resta llevarlos hacia las masas, con las cuales el Partido está logrando importantes vínculos. Sólo las masas y su lucha revolucionaria pueden ratificar el que estamos en la razón.

Primera Edición: 1967

*Edición Digital preparada por: Archivo Revolucionario Comunista. Chile, Junio 2004.
Fuente: Folleto del Partido Comunista Revolucionario de Chile. Ediciones Espartaco, Santiago de Chile 1967.*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).